








VOLVER A ROMA



Bertha Balestra

VOLVER A ROMA





Primera edición: septiembre de 2017

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Bertha Balestra

ISBN: 978-84-16824-64-9

ISBN digital: 978-84-16824-65-6

Depósito legal: M-25771-2017

Editorial Adarve


C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com



www.editorial-adarve.com

Impreso en España



*A Lalo, mi compañero de vida
por apoyarme siempre,
aun en la persecución de mis fantasmas*





El hombre poderoso en el poder sucumbe,
el hombre del dinero, en el dinero;
el servil y humilde, en el servicio;
el que busca el placer, en los placeres.

HERMANN HESSE

Roma no tiene prisa.
Bien sabe que es eterna.
Como el agua en el Tíber que pasa, pasa...

JUAN MANUEL GALAVIZ HERRERA





—Nos quedan dos alternativas, una vez descartada, claro, la posibilidad de considerarme vencida, dejándole salirse con la suya. Está visto que la vía legal, si se le puede llamar así al imperio de las influencias que aquí prevalece, ha quedado agotada. Ahora, para luchar está, por un lado, convertirme en una madre como las de la Plaza de Mayo, asumir el papel de víctima y hacer un escándalo mediático. Con ello lograré, sin duda, una gran notoriedad. No faltará quien apoye mi causa con declaraciones, muestras de solidaridad y hasta dinero, ya sea por vengarse de Artemio o por compartir conmigo el escaparate. Sé que tú no admites otra solución. Estamos seguros de que recibiré amenazas serias. Pero el riesgo de ser asesinada ha formado parte de mi vida desde hace tiempo, de hecho, tal riesgo aumentará si nos decidimos por el otro plan.

Giorgio la observa, más pendiente de sus movimientos que de sus palabras; conoce el problema a la perfección y, para él, sólo hay un camino, el «otro plan» le parece un sinsentido, concebido con el corazón de madre despojada. Siente un impulso irrefrenable de tomar la cámara y captarla en esa actitud reflexiva, con el cigarrillo en la mano que, de vez en cuando, hace notar el nerviosismo con un ligero temblor. No ha pasado un minuto sin admirar a esta mujer, ahora su mujer, desde el día en que la entrevistó, años atrás. Una entre un montón de aspirantes. La agencia, así llamaba a su inicio como promotor *freelance* de modelos y edecanes, contrataría solamente a cinco chicas; no daban sus precarios ahorros ni el esfuerzo de dos personas, él y Ruffina, para trabajar con más. Re-

cordó la cara de incredulidad de su socia cuando le hizo la seña de poner a Matilda entre las elegidas. Ciertamente distaba de ser una belleza: narigona, estatura media, demasiado plana, piel y cabello castaños sin contraste alguno. Pero él tenía colmillo, no en balde llevaba años en el negocio. La joven poseía ese algo indefinible, la esencia de una mina de oro; era, potencialmente, platillo de mesas reales: un *bocatto di cardenale*. Hablar con ella terminó de convencerlo: provenía de un pueblo pequeño en la Liguria, del que había salido, contra la voluntad de su abuela, para abrirse camino. Quería estudiar periodismo, ambicionaba tener una columna política, pero necesitaba un trabajo que le permitiera mantenerse y le dejara tiempo para estudiar y gozar de Roma, la ciudad de sus sueños. Su voz era sensual, sin afectaciones, su manera de hablar resultaba atrayente y simpática. «Servirá, te lo aseguro», había dicho después a Ruffina. «Servirá o te servirá —había contestado su socia, irónica—. ¿Vamos a invertir en una muchachilla que te gustó a ti?» «Sí, me gustó, porque soy hombre. No significa que desperdiciaré tiempo y dinero en mi placer; soy un tipo de negocios, Ruffina, no me insultes. Me atrajo porque fascinará a más de uno, confía en mí. Las otras cuatro nos darán dinero rápido; ésta nos hará millonarios si tenemos inteligencia para administrarla y sabemos esperar. Comienza por proponer a la de la cara de ángel a revistas y firmas de cosméticos; las dos altas servirán para edecanes de congresos; la jovencita checa, ya sabes, para los eventos del *Cavaliere*».

No se había equivocado. Implante de senos, mejores productos para el cabello, bronceado profesional, un maquillaje leve para subrayar ese toque de gacela en la mirada y sonrisa de Gioconda, darían a la evidente astucia de la chica especial una envoltura irresistible.

—Si lo hacemos bien, la presión internacional hará dudar a los magistrados, —insiste Giorgio, haciéndola regresar su atención al presente—. Temen al escándalo como a nada más.

—No le funcionó a la francesa; las negociaciones internas, los acuerdos cupulares, son más efectivos que las solicitudes del ex-

terior —sentencia Matilda—. El grupo al que pertenece Artemio y sus comunicólogos no se equivocan: se trata de maestros de la simulación mediática. Ante mi desgarradora imagen de madre despojada, ellos acudirán a la conciencia de la sociedad, la necesidad de proteger a unos niñitos inocentes de una desalmada y un padrastro que los maltratan.

—Eso es mentira, yo no maltrato a tus hijos —respingó el hombre.

—Todo es mentira, el mundo vive de mentiras... Lo importante es decir las adecuadas en el momento preciso. Ellos tienen a expertos estudiando justo eso: las mentiras precisas, el momento indicado, el canal conveniente. Los mismos que me convirtieron, a los ojos del público, en un dechado de virtudes, podrán hacerme aparecer como una bruja.

—Nosotros también somos buenos en eso, ¿lo olvidaste? —replika el hombre—. Te fabriqué la imagen de periodista importante, con experiencia en entrevistar presidentes y gobernadores. Así llegaste a tu ex, que cayó redondito y te colmó de riquezas.

—No funcionará ahora —asegura ella—. Nos desgastaremos y perderemos mucho dinero; todo el que obtuvimos del divorcio. Además, no recuperaré a mis hijos. Aunque lo dudes, es lo primero para mí. Tal vez no he sido la mejor madre, tal vez, y créeme que he meditado mucho acerca de mi vida, los traje al mundo sólo pensando en afianzar el negocio, en no ser pobre nunca más; pero si parir te cambia la vida, esta desesperación de perderlos te cimbra. Ahora soy alguien a quien ni yo misma reconozco.

A pesar de su habitual frialdad, él se conmueve lo suficiente como para acercarse y abrazarla.

—Yo sí te conozco; sé que vas a resistir. Comprendo tus sentimientos y no los minimizo. Sin embargo, hay que actuar con el cerebro, no con las entrañas.

—A mis entrañas, a mi cuerpo entero, los ha gobernado siempre mi cerebro. Siempre —declara Matilda con el mismo fuego

en los ojos que en esa afirmación. «O al menos desde que papá se fue», piensa.

La voz paterna, aparece en su memoria. Tildina, *bambina, devi essere forte e brava*; lo manda tu nombre: poderosa guerrera, fuerte en la batalla. Así han sido las reinas que han compartido apelativo y destino.

Como cada vez que recuerda a su padre, un leve hormigueo le recorre la piel; se le contrae el abdomen, deseando que ocurra el milagro, que se materialice y pueda tocarlo, besar sus mejillas grises y enjutas, quitar con un dedo de niña la lágrima que él no conseguía evitar al sentirla cerca, quizá porque una voz interior le anunciaba que no le alcanzaría la vida para verla convertirse en mujer. «Eres una reina, serás rica y poderosa como Cleopatra». «Dale con Cleopatra —se quejaba mamá—. La obsesión por ese fantasma es lo que te está matando. Si hubieras tomado un poco más de aire, de sol, en vez de pasarte días y noches encerrado en la biblioteca leyendo sobre momias egipcias». Si mamá salía, Matilda le pedía a papá que le hablara de sus reinas: las de su nombre y la de Egipto, la que enamoró a dos grandes romanos. Pero conforme su enfermedad avanzaba, él ya no podía contar historias. Los accesos de tos se volvían cada vez más prolongados y lo dejaban exhausto. Un día le entregó su legado: dos gruesos cuadernos llenos de una caligrafía fina. «Es una novela —le dijo con la poca voz que le quedaba—. Sobre Cleopatra. Cuando seas rica y tengas buenos contactos podrás hacer que la publiquen. Por ahora, léela con cuidado, encontrarás enseñanzas para tu vida. No se la muestres a mamá, seguramente la quemaría, ya ves lo que opina de mi interés por la faraona». Matilda guardó esos cuadernos con devoción. Los sacaba si su madre iba a la compra; saboreaba la historia. Le parecía escuchar a su papá contarla, imprimiéndole pasión. Pero el temor de que ella los descubriera la inquietaba constantemente en la escuela; ese miedo impedía que se quedase a jugar un rato más al terminar las clases... Quién iba a decirle que esa urgencia de volver temprano a casa, a leer, la haría presenciar, sin que ellos lo

notaran, el terrible anuncio de su madre. «Me voy, no puedo vivir más contigo. No me busques, termina de criar a nuestra hija. Ella no merece una madre siempre infeliz». La niña se ocultó y fingió llegar más tarde, cuando cesaron los sollozos de su padre.

La única que compartía sus secretos era la *nonna* Paola. A veces hasta se atrevía a meter el cuaderno en la mochila e ir a leerle por la tarde. Y cuando partió a Roma fue ella la depositaria de sus tesoros: la novela, el álbum de fotos, excepto una del padre que llevaba consigo, y su muñeca, Cleo. «No vayas a venderla», le advirtió, al depositarla en el pequeño taller junto con las demás creaciones de la abuela, quien aprovechaba las horas en que descansaba los pies para fabricar muñecas y confeccionarles complicados atuendos, siempre inspirados en personajes de la historia, cuentos o la farándula. Además de las que hacía para sí, realizaba algunas por encargo.

—*Nonna*, me voy. No puedo enterrarme en este pueblo. Mi camino está en Roma.

—*Santa Madonna!* —exclamó la abuela, mientras envolvía a la nieta en un abrazo y dejaba caer gruesas lágrimas sobre su cabello—. Tan joven y linda... No vayas a desaparecer para siempre como tu madre. Tampoco termines como Claretta.

—No, *nonnina*, yo no dejaré de verte. Vendré muy seguido y pasaré contigo mis vacaciones. En cuanto a la Petacci, descuida, soy más lista que tu antigua patrona, te lo aseguro.

—Ah, ella no era tonta; sólo muy joven, ambiciosa e inocente, igual que tú, y se topó con un gran seductor, astuto y poderoso. Un monstruo irresistible, *Il Duce* —la abuela acompañaba la charla con ademanes enormes, como si actuara en un teatro. Matilda se divertía mirándola, de pequeña hasta aplaudía—. La pobre Clara dejó su juventud al lado del teléfono, esperando la llamada de Benito Mussolini para correr a su lado al Palazzo Venezia, donde tenían sus amores furtivos. A veces la despachaba pronto y se encontraba con otras —continuó la *nonna*—. Tanto la celaba, que ella casi no salía. Si no estaba con él, permanecía en casa, escribiendo en su

diario cada palabra que Mussolini le había dicho. Cada vez que ella salía, entraba a su habitación a leerlos. En ese tiempo yo era también una chiquilla educada en el fascismo, orgullosa de trabajar para la amante del semidiós que Italia adoraba.

Matilda había oído esa historia miles de veces. Pero quería demasiado a su abuela para interrumpirla. La dejaba hablar mientras imaginaba la Villa Camiluccia, mansión de los Petacci; el Palazzo Venezia, donde se reunía con Mussolini; el teatro al que iban por separado para mirarse, tener tema de conversación y motivos de pelea por los hombres que se acercaban a ella y las mujeres que se le ofrecían al Duce. A veces hasta había soñado estar en el lugar de Claretta. Sin embargo, ella no habría permitido que la minimizaran, le habría obligado a mostrarla a su lado, a convertirla en una duquesa.

—No llores, *nonna*, volveré pronto. Guarda bien mis cosas.

*

La mañana era tan clara que, entrecerrando un poco los ojos para evitar el brillo azulísimo del Mediterráneo, Cleopatra aseguraba distinguir la costa de Italia. Cuando tras horas de estudio en la gran biblioteca requería aire fresco, subía a esa torre, donde soñaba estar a bordo de uno de los barcos que partían de Alejandría hacia Roma, el objeto de sus deseos. Era ya una experta en burlar la vigilancia de los guardias que custodiaban los extensos jardines entre los que se erigían el palacio de mármol, residencia faraónica, el conjunto de edificios que albergaba el museo, los salones de biblioteca, laboratorios y salas de estudio, amén del zoológico. Solía pasar de aula en aula, consultando a los expertos en cada ciencia, hasta hallar el instante propicio para correr, sin detenerse, a través de los siete estadios que medía el dique, con la cabeza cubierta para no ser reconocida, y llegar al faro. La pobre aya, que conocía esta treta, tenía que hacer el mismo recorrido, so riesgo de pagar con su vida el atrevimiento de su ama.

—Baja de ahí, princesa —le gritó la esclava, con el soplo de aliento que le quedó después de la carrera—. Tu padre ordena que vayas a su encuentro al instante.

La niña descendió tan rápidamente que hizo que la mujer contuviera la respiración por miedo a verla rodar. «Si no fuera hija del faraón, le daría una tunda por asustarme de esa manera», se dijo la sirvienta.

Tras refrescarse cara y manos, rociarse deprisa un poco de perfume, la chica apareció en la alcoba real. Ptolomeo permanecía en su lecho. Una esclava sostenía sobre su frente un lienzo mojado en infusión de hierbas medicinales. Otra, lo abanicaba. La niña hizo una reverencia ante su padre y, enseguida, saltó para besarlo.

—¡Vaya! Pero si es mi inteligente y bella princesa. He amanecido con un dolor de cabeza terrible, de esos que sólo se alivian con una canción siria... ¿Podrías ayudarme a esta esclava estúpida con eso?

Cleopatra Filopator Nea Thea, era, sin disimulos, la favorita de su padre. Y ella lo adoraba con una devoción que creció durante el año que pasó separada de él, al haber sido despojado del poder y exiliado por Berenice, la hermana mayor de Cleopatra, apoyada por la madre de ambas. Berenice no sobrevivió a su atrevimiento; ejecutada, cruzó el mítico río hacia el mundo de los muertos, donde seguramente su corazón fue devorado por Ammit, para impedir su inmortalidad. La madre estaba confinada en sus aposentos, sin permiso de presentarse en público. Desde entonces, el mal carácter del faraón se había agravado y la crueldad de sus castigos hacía temblar al pueblo entero. Excepto a esta princesa, quien a diferencia de la corte, no temía sus cambios de humor, ni siquiera durante sus frecuentes borracheras. Juntos, disfrutaban de la música y la poesía, pasatiempos del rey y, cuando él tenía algunos momentos de sobriedad y cordura, le hablaba de los asuntos de estado que ella comprendía como un adulto. Ptolomeo, apodado «El flautista», se enorgullecía de esa niña prodigiosa que azoraba a los preceptores con su inteligencia, su facilidad para los idiomas y para todas las ramas del conocimiento. Encima, poseía esa voz sobrenatural con que lo embelesaba.

El padre notó que su hija se estaba transformando en una mujer atractiva. «Alguien deberá instruirla en el arte de convertir sus encantos en un arma letal, antes de que sean su punto vulnerable», meditó el faraón. Hablaría con Yartite, su primera concubina; evocó sus virtudes amoratorias: era la indicada. Quizá pronto podría elevar a Cleopatra VII al trono, a su lado y deshacerse definitivamente de su hermana-esposa, de quien no quería saber más después de su imperdonable traición.

Esa misma tarde, la experta en conquistas escuchó las órdenes del faraón. «Una tarea fácil», se dijo. Ya había notado en el andar de Cleopatra, en su forma de mirar y en sus gestos, que había dentro de ella un fuego peligroso, pero educable. Se abocó, pues, a hacer de la princesa una seductora infalible. Le enseñó desde los trucos cosméticos elementales como depilarse piernas y brazos con bolas de melaza, blanquear y suavizar su piel con baños de leche y profundizar el efecto de su mirada sombreando sus ojos con kohl, hasta refinadas estrategias de seducción y técnicas para llevar a los hombres al éxtasis y dejarlos más que satisfechos, exhaustos.

—Es entonces el momento de sugerir y, luego, si quieren más, pondrás por delante tus exigencias. Superarás por mucho a esta humilde maestra —le dijo cuando terminó de transmitirle su saber—. No hay muchas que posean, además de la sangre caliente, todo el conocimiento de los libros y una riqueza incalculable.

—Nada hay incalculable, querida Yartite, si de asuntos materiales se trata. Lo que yo deseo, cuando llegue mi momento, es un poder que no pueda medirse.

La mujer se estremeció, la afirmación de su pupila venía envuelta en un halo de energía que sólo había percibido al pie de las grandes pirámides o en medio de una tormenta eléctrica. «Esta jovencita es capaz de cualquier cosa por alcanzar sus fines —se dijo—. No se arredrará ante nada».

*

«Mi mamá no debe ver esto, Paola —me dijo Clara la primera vez que descubrí, en el fondo del cajón donde guardaba su ropa interior, un recorte de periódico con la fotografía de Mussolini—. ¿Verdad que es guapísimo?».

Sus ojos chispeaban. Traté de analizar la foto aunque los rasgos eran poco visibles. Me parecía un hombre como tantos que recorrían las calles. Sin embargo, intuí que no valía la pena contradecirla sin exponerme a una discusión que, entonces o después, me habría valido una reprimenda.

—Ya sabes, Tildina, que mi padre era el chofer y mi madre la cocinera en casa del *dotore* Francesco y la *signora* Giuseppina, a quienes servían con lealtad. Yo ayudaba a mamá al volver de la escuela. De pequeña jugué muchas veces con Claretta; luego, cuando nació Miriam, la *piccola* Mimi, con frecuencia me tocaba entretenerla.

«Benito Mussolini estuvo en las trincheras durante la guerra, es muy valiente, imagínate: lo han perseguido hasta meterlo en la cárcel por defender sin miedo sus ideas», me aseguró Clara. Como era yo un poco menor, no estaba todavía interesada en los hombres. Hice un esfuerzo por pensar en algún personaje masculino agradable y vino a mi mente el monaguillo que había descubierto el día de mi primera comunión y sólo veía los domingos, con su hábito blanco que lo convertía en un ángel, envuelto en una nube de incienso y tocando las campanillas. Comparado con él, ¿cómo iba a gustarme un viejo calvo al que no conocía más que en fotografía de periódico? A mi *ragazzo* podría topármelo cualquier tarde en la calle, despojado de sus vestiduras angelicales, y sonrojado al preguntar mi nombre, como una vez lo soñé. «En cambio —le dije a Claretta—, tú nunca verás a tu amado frente a frente». ¡Cuánto me equivocaba! Unas semanas después de aquella tarde, Roma se convulsionó ante la entrada de los Camisas Negras, una multitud de fascistas encabezada por Benito Mussolini, el ídolo de Clara. Ella tenía sólo diez años, quizás por ello a su papá le parecía tan gracioso que se ocupara de los personajes de la política. Quiso el destino que Claretta fuese testigo de la histórica Marcha Fascista sobre Roma; pudo presenciarla desde la ventana del apartamento al que acudía dos veces por semana a su clase de arpa, en Piazza Venezia. Allí contempló, absorta, el paso del entonces líder obrero y escuchó su vocerrón cuando, desde el balcón del Palacio, daba su primer discurso como ministro del gobierno. Boquiabierta, según me contó, presenció el momento en que el rey Vittorio Emanuele lo presentaba oficialmente ante la multitud como nuevo Capo del gobierno.

«¿Tú los viste, Paola? —me preguntó Claretta aquella noche, cuando le llevé la acostumbrada jarrita con agua a su habitación—. Voy a soñar con él, marcharé a su lado y pediré a gritos justicia para los trabajadores —agregó, ya metida en su cama—. Aunque seguramente mi voz se perderá —agregó sonriendo—. Pero voy a escribirle poemas». Con esa sonrisa cerró los ojos.

*

Matilda se acerca a la ventana. El viento mueve los árboles en una danza parsimoniosa que hace flotar su memoria hasta los primeros días en esa casa. Artemio le entregó un llavero de oro con sus iniciales grabadas, después de la cena en un saloncito privado, a donde la citó para continuar aquella entrevista comenzada días antes en la oficina oficial del Palacio de Gobierno. En el transcurso de la velada, las insinuaciones fueron subiendo de tono, hasta que el lenguaje cifrado no ocultó el mutuo acuerdo: sería también el lugar de sus citas íntimas.

—El chofer te conducirá —le dijo—. Instálate ahí el tiempo que requieras para tu reportaje; según lo que hablamos, te llevará algunas semanas. Mañana, desde las nueve, estará contigo un arquitecto por si deseas hacer algún cambio en la decoración.— Debo llegar hoy al hotel, mi primo me espera —le contestó para no parecer ansiosa—. Ya sabes que está viajando conmigo y me ayuda con las fotografías. Iré a conocerlo con él, a ver si acepta esa mudanza.

Artemio tuvo que usar su experiencia de político para no mostrar su molestia. «¿Qué tenía que opinar ese mequetrefe? ¿Mudarse con ella? ¡Ni pensarlo!». Ya buscaría la forma de hacerlo a un lado.

En cuanto estuvo en su habitación, Matilda hizo venir a Giorgio para contárselo. «*Brava ragazza*, vas muy bien —celebró su jefe, que ahora aparecía como su primo—. Debes pedir muchos cambios y todos caros, vamos a ponerlo a prueba de una vez».

La residencia, en uno de los barrios más exclusivos de la ciudad, estaba impecable. Sin embargo, la futura inquilina escenificó perfectamente su papel. Arrugando la nariz y cuchicheando con Giorgio, fue dictando al arquitecto una lista de requerimientos que comenzaba por reemplazar los pisos por mármoles y alfombra blanca, asegurando que era la única forma de garantizar la limpieza. Había investigado la fobia del gobernador hacia los gérmenes, que rayaba lo patológico. Desde luego pidió prácticamente todos los muebles nuevos. Sólo dejó al criterio de Artemio las obras de arte con que decoraría el lugar, arguyendo que confiaba en su buen gusto. «Espero que no tarden mucho —había concluido—. No voy a quedarme para siempre en esta ciudad». A pesar de sus intentos por disimularlo, el arquitecto no pudo evitar su asombro. Matilda, divertida, esperó la reacción de Artemio. Tal como lo imaginara, a él, embelesado, sus deseos no le parecieron abusivos, sino propios de una mujer que merecía todo lujo y refinamiento. Había ganado la primera batalla.

La mansión sigue perteneciéndole. Tuvo la prudencia de ponerla a nombre de Giorgio antes de iniciar el divorcio, para que no entrara en la negociación. Ahí se ha instalado, junto con ese hombre que dejó de ser su jefe y supuesto primo para formar una sociedad legalizada por un acta de matrimonio. «De cualquier forma estarán vigilándonos; mejor aquí que en algún sitio en que les sea fácil desaparecernos», había decidido junto con Giorgio.

No confiesa cuánto le agrada la casa. Si bien después adquirió otras, en el país y en el extranjero, más lujosas y bien situadas; ésa, su primer trofeo importante, le recuerda que es capaz de obtener cualquier cosa que se proponga.

«Debo hacer una gira por Europa —le dijo Artemio después de prometerle que no escatimaría en los arreglos que había solicitado—, ¿por qué no vienes conmigo? Así regresarás a instalarte en la casa cuando esté lista. Verás de cerca esa faceta de mi trabajo, que enriquecerá tu reportaje y, cuando no pueda estar contigo, irás de compras o visitarás a tu familia. Mi gente se encargará de tus

comodidades». Matilda aceptó. Al día siguiente recibió un enorme ramo de flores; dentro, un sobre con un pasaje de primera clase a Madrid, una tarjeta de crédito internacional a su nombre y una nota del secretario del gobernador explicándole que en el aeropuerto la estarían esperando para conducirla al hotel.

Ni en sus sueños más ambiciosos había imaginado hospedarse en una *suite* de ese tamaño, en el Ritz de la capital española. Le parecía estar actuando para una película. A cambio, sólo debía mostrarse interesada en el tipo, sexualmente dispuesta, y guardar el necesario halo de misterio que mantuviera la vela encendida.

A partir de la primera noche, Artemio no podía alejarse de esa piel trigueña que lo había rejuvenecido. Como a los veinte años, era capaz de repetidas erecciones. Mientras dormitaba para recuperarse, mantenía a Matilda abrazada. La acariciaba sin cesar, le llevaba el alimento a la boca. No le permitía bañarse sola; para combinar la higiene con el placer, él se encargaba de enjabonar cada centímetro de ese cuerpo esbeltísimo que lo encendía como nadie lo había hecho, a pesar de su larga y cuantiosa experiencia en mujeres.

Pasaron en la misma habitación tres días con sus noches. Sólo los meseros del servicio de habitaciones y el secretario de Artemio, entraban y salían.

La gira del gobernador sufría, uno tras otro, recortes de agenda. Sus colaboradores se arrancaban los cabellos ante las reiteradas vergüenzas cancelando eventos unos minutos antes de la cita. Los resultados, si bien la prensa reportaría grandes logros en cuanto a futuras inversiones millonarias, quedaron muy por debajo de los objetivos.

A pesar de sentirse halagada, Matilda no podía más. Le urgía escapar de aquella cárcel. Fingiendo un nudo en la garganta, hizo que su amante le preguntara:

—¿Pasa algo? ¿Qué necesitas?

—No es nada —respondió, acariciando la mano masculina. Pero conservó la expresión triste.

—Dime ya —insistió él.

—Pensaba en mi *nonna*, hace tiempo que no la veo... Y la quiero tanto.

—Pues ve a verla. Dentro de uno o dos días nos reunimos en Roma, allá serás mi guía —la cara de la joven se iluminó. Su alegría era genuina; en verdad hacía tiempo que no visitaba a la abuela y era cierto que se querían—. Puede acompañarte alguno de los muchachos —propuso Artemio.

—¡Oh, no! No será necesario —replicó ella—. Giorgio y yo nos bastamos para movernos en Europa —aseguró, eludiendo con firmeza la posibilidad de llevar consigo algún informante.

La casa de la *nonna*, el pueblito, no correspondían al perfil que le diseñara su agente. Es más, él trataría de disuadirla de hacer ese viaje, por temor a que alguien la siguiera y el plan entero se viniese abajo. Pero Matilda, que ya había probado la obtención de todo capricho, estaba decidida a ver a su abuela. Agradecida, se entregó una vez más, con renovado ardor. «Qué suerte —pensaba—, tener un cuerpo capaz de responder a motivaciones tan ajenas al amor o a la atracción. Bien dice Giorgio que nací para esto».

Se acercaba el fin del verano. El Ferrari convertible conducido por Matilda había dejado la autopista y avanzaba por el camino vecinal. A los lados, las uvas rebosantes invitaban a la inminente vendimia y los girasoles parecían anunciar los colores que pronto predominarían en la campiña. La velocidad, el cabello al aire, el sol y el aroma de su tierra, daban a la joven una sensación de poder y libertad que no había probado desde niña, cuando descendía por esa misma vereda sobre su bicicleta. Igual que entonces, se divirtió haciendo sonar repetidamente la bocina. Los niños del pueblo corrieron, curiosos. Los adultos fingían no interesarse, pero se las arreglaban para atisbar el acontecimiento. A todos saludó agitando la mano y se dirigió a la montaña, a la finca habitada por la abuela.

Allí estaba ella, demasiado vieja para esconder la sorpresa. Salió a la puerta de su casa pidiendo silencio a quien perturbaba su paz.

Se secó las manos en el delantal y se talló los ojos, incrédula ante la aparición de la mujer que se apeó del costoso vehículo y corrió hacia ella.

—¿Tildina?

—¡Sí, *nonna!* —gritó la nieta mientras abrazaba y besaba a la anciana.

—Pero mírate, *bambina*, pareces una reina... Entra, entra, debes contarme todo —le dijo mientras enmarcaba la cara de Matilda entre sus manos para asimilar la transformación.

Como una niña, se dejó conducir hacia el interior de la rústica construcción, idéntica desde que tenía memoria. Los gruesos muros encalados, las pequeñas ventanas con los postigos de madera, el acceso a través de una escalerilla con barandal. Igual que en la infancia, tardaron sus ojos en acostumbrarse a la penumbra de la vieja casona, contrastante con la intensa luminosidad de aquel mediodía. De inmediato reconoció el aroma de las trufas.

—¡Mmm, qué perfume! ¿Adivinaste que vendría?

—Parece que sí —rio la mujer—, por eso estoy cocinando tu platillo favorito.

—¿Te ayudo, *nonnina?*

—Ya está casi listo, nada más falta cocer la pasta, rallar queso, partir pan y bajar al sótano por algo para el antipasto. ¿Tienes hambre?

—¡Muero de hambre y de sed!

La abuela sirvió vino en un vaso y se lo acercó.

—Anda, bebe un poco mientras termino la comida —Matilda dio un par de tragos grandes y paladeó aquel vino de fabricación casera que, seguramente, era racimo de uvas hacía poco tiempo.

—*Nonna*, siéntate conmigo un momento, luego hacemos la comida entre las dos.

—*Va bene* —accedió la incansable anciana, acostumbrada a no interrumpir sus quehaceres, pero incapaz de negarle algo a la nieta—. ¿Vienes a quedarte, *cara?* —hizo la pregunta obligada mientras llenaba su vaso.

—No, *nonnina*, nada más dos días. Debo volver a Roma y después quizá de nuevo a América. Cuando termine este trabajo, pasaré un tiempo largo contigo, lo prometo.

—¿Qué trabajo? ¿Para qué buscar tan lejos? Puedes vivir aquí, hay todo lo necesario. Mírame, no he salido de este lugar desde hace más de cincuenta años, cuando terminó la guerra y vinimos tu abuelo y yo a trabajar esta finca. Tu padre nació y murió aquí. Aquí se casó y te crió.

—Sí, *nonna*, lo sé. Pero yo no puedo quedarme en un pueblito, me siento encerrada. Necesito conocer el mundo y ganar dinero; mi papá lo sabía. ¿Recuerdas qué decía siempre?

—Ah, tonterías de mi hijo. Que eras una reina, ¿para qué? Las que suben tanto caen desde allá arriba y casi nunca sobreviven. Algo tenías que sacar de tu madre, siempre quejándose del pueblo, ¿ya la viste?

—Todavía no —la relación con su madre, a quien buscó años después del abandono, nunca se restauró: entre ellas se mantuvo una frialdad de extrañas. Para cambiar el tema, Matilda le preguntó por la gente del lugar. No quería hablar de su madre ni discutir con su abuela, tampoco ofenderla despreciando su estilo de vida. No obstante estaba segura: ella no había nacido para enterrarse en un poblado pequeño—. Bueno, bueno, te sigo informando mientras comemos.

—Ve a lavarte, aún no hierve el agua. Bajaré a por el *prosciutto* y unas aceitunas; ahora cocemos la pasta.

La nieta admiraba la energía de su abuela. Su cuerpo perdía centímetros, mas no dinamismo. Como una ratita descendió la escalera hacia el sótano oscuro y frío que hacía las veces de cava y almacén de conservas. En unos minutos regresó, con las manos llenas. Matilda había extendido un mantel sobre la mesa para recibir el vino, un plato lleno de aceitunas, una tabla con una hogaza de pan y un salami.

—Prueba esto —ofreció Paola—. ¡Este año el salami me ha quedado mejor que nunca! —en la mente de la joven contrasta-

ron dos imágenes: esa mesa rústica cubierta con el viejo mantel a cuadros y otra, redonda, vestida de lino bordado, con diez anti-pastos distintos y dos copas de champaña, servida por un mesero enguantado, en la *suite* de Madrid. «Esto me sabrá mejor, pero quiero seguir con aquello», pensó—. Ahora sí, *bambina*, cuéntame del trabajo. Ese auto y la ropa que traes no son de una periodista, *certo? Sonno vecchia, ma non stupida* —la pregunta hizo que Matilda se ruborizara. No intentó engañar a su abuela, sería inútil. La anciana era muy lista y tenía larga experiencia en muchos quehaceres, incluyendo ese, llamado vida.

—Vengo con un político importante, *nonna*. Un hombre poderoso que me trata como reina. Él paga el auto, la ropa... —el teléfono móvil interrumpió la conversación.

Matilda tomó la llamada. «Sí, he llegado perfectamente, estoy ahora con ella. Me ha preparado un *linguini al tartufo*, mi favorito. No, Giorgio no está conmigo, se quedó en Roma atendiendo negocios... ¿Mañana en Roma?».

La abuela no hizo ningún comentario. Sirvió la pasta, pensativa. Matilda saboreó el perfumado platillo, segura de que el silencio duraría unos segundos. No se equivocó, antes del tercer bocado, Paola retomó el asunto.

—*Adesso, domani a Roma?* Ya no serán los dos días que dijiste. Él ordena y tú obedeces. Cuidado, *ragazza!*—Es mi trabajo, *nonnina*, no debes preocuparte; durará mientras a él le entusiasme y a mí me convenga. ¡Listo! Luego, a otra cosa. —la cara de la abuela se ensombreció.

—¿Rodarás de hombre en hombre? ¿Te enamorarás de uno de esos monstruos poderosos? ¡Busca otro trabajo!—Eso haré *doppo*, sólo estoy llenándome un poco los bolsillos para tener libertad de acción.

—O perderla para siempre —sentenció la anciana.

*